

las ya realizadas. Se decía que la Condesa era notable en estos ejercicios, y que subía con más facilidad á la Maladetta que nosotros podríamos hacerlo á las alturas de Montmartre.

Después hablamos de París.

— Generalmente vivimos en nuestra casa de Tolosa, y en nuestras tierras, que están muy próximas, me dijo el Conde, pero todos los años hacemos un viaje á París. El invierno pasado estuvimos allí tres meses.

Dirigi mi vista de una manera discreta sobre la Condesa, y me pareció notar que se encendía algo su rostro. Sin embargo, un imprudente rayo de sol se proyectaba entonces sobre sus mejillas, y era muy fácil que hubiese contundido el rubor con un simple efecto de luz.

Por último, el Conde subió al carruaje, haciéndome prometerle que iría por la noche al baile del Casino, y estrechándome con efusión la mano desapareció acompañado de su mujer.

XVIII

— Iremos á reuniones con nuestros amigos, me dijo Gastón de X..., cuando estuvimos solos.

— Si no tenéis ningún inconveniente en ello, respondí, daremos primero un paseo. Cuando se ha estado dos días de viaje en ferrocarril se encuentra muy agradable el pasear.

— Estoy á vuestras órdenes, querido amigo, me respondió.

Estaba impaciente por saber noticias de

la Condesa, y esta era la razón que tenía para querer estar sólo con él, que se adelantó á mis deseos diciéndome de repente :

— Vamos, ¿qué tal encontráis la hermosa Gabriela?

— ¿A quién llamáis así?

— A la señora X... de quien nos acabamos de separar.

— Perfectamente; es una mujer muy hermosa.

— Muy distinguida, de un talento original hasta más no poder.

— Estoy convencido de ello. ¿Tiene alguna hermana que se le parezca?

— No, es hija única.

— ¿Sin duda es parisién?

— Lo fué hasta los veinte años. Desde que se casó, como os dijo el Conde, vive en el Mediodía

— ¿Por qué? ¿por economía?

— No, de ninguna manera, por gusto. El Conde posee una fortuna considerable en tierras, sin contar la renta que tiene en

papel del Estado. Es uno de los propietarios más ricos de la Haute-Garonne.

— ¿Y la hermosa Gabriela está contenta viviendo en ese país?

— Sí, porque vive en una magnífica residencia, un castillo casi real que pertenece hace siglos á la familia del conde X... Está rodeada de todo el lujo antiguo y de nuestro moderno *comfort*. Monta á caballo, caza, y adora á su marido que también es una ocupación.

— ¡Ah! adora á su marido, repetí.

— Sin duda alguna. ¿Y cómo no había de amar á ese hombre, que joven y simpático, de sobrada inteligencia, que le da todas las satisfacciones que puede desear? Se trata de un matrimonio por amor, puesto que ella era rica y hubiera podido encontrar muchos pretendientes en buenas condiciones. Pero su madre, que es una mujer de talento, á quien tengo el honor de conocer, pensó con justicia que esta hermosa y esbelta rubia de transparente *cútis*,

debía casarse con un hombre también guapo, joven como ella y de su misma estatura, que fuese en moreno lo que ella es en rubio y tuviese en la cabeza y en el corazón el hermoso sol de Mediodía. Se presentó el Conde de X..., cuyo nombre, título y fortuna le recomendaban además, llenando las condiciones apetecidas por la madre y las de la hija por instinto. Se realizó el casamiento, viviendo los esposos completamente dichosos, y...

— ¿Tienen muchos hijos? dije yo para terminar la frase.

— Todavía no tienen ninguno.

— ¡Cómo! ¿Pues cuánto tiempo hace que están casados?

— Casi no hace dos años.

— Ese es ya más tiempo del que se necesita para que los haya, observé yo.

Guardé un momento de silencio, diciendo después en tono indiferente:

— Es decir, ¿que la Condesa es una mujer completamente honrada?

— Seguramente, de las más honradas. Una virtud que nadie ha puesto en duda. ¿Por qué me lo preguntáis? ¿Pensáis, acaso ocuparos de ella? Creedme, amigo mio, perderíais el tiempo. No hay más remedio que resignarse á no ver en la señora X... más que una mujer muy hermosa, que por su talento os hará más llevadera vuestra estancia en Luchón; pero no la hagáis la corte; creedme, es inútil.

— ¿Acaso vos habéis ensayado?

— Quizás.

— ¿Este invierno en París?

— No, no la he visto allí; después de su vuelta de París, cuando fui á hacerla en su país una visita.

— ¿Y fuisteis derrotado?

— Todas bolas negras.

— ¿Cuánto tiempo la pretendisteis?

— ¡Oh! Muy poco, porque desde que la Condesa se apercibió de que yo tenía un mal deseo, intenciones criminales, continuó mi amigo sonriendo, me dijo con su habi-

tual franqueza : « Querido amigo : Permaneced tranquilo. No conseguiréis nada con vuestros suspiros ni con vuestras miradas. Amo á mi marido, y aunque no le amase, no tendría motivo para engañarle. ¡ Todos los hombres son parecidos ! »

— ¡ Ah ! Ella ha dicho : « ¡ Todos los hombres son parecidos ! » ¿ Qué puede saber de eso, si no ha conocido más que á su marido ?

— Evidentemente, hablaba de la parte moral, queriendo decir que todos nosotros tenemos las mismas cualidades y los mismos defectos.

Guardé un instante de silencio.

Las palabras que había pronunciado la Condesa me daban mucho en qué pensar y mi imaginación desde aquel momento hacía de las suyas. Mi locura, que al principio era accidental, se iba haciendo crónica.

Afectando siempre una completa indiferencia, repliqué :

— Y el Conde, ¿ es tan virtuoso como su mujer ? ¿ Le es fiel ?

— Probablemente.

— ¿ No estáis seguro de ello ?

— No me ha hecho sus confidencias.

— Pues no me parece que es muy reservado. Si le he juzgado bien creo que no ha de costar mucho trabajo el hacerle hablar.

— También lo creo así ; pero antes de ser su amigo lo era de la Condesa, á quien había conocido cuando soltera y es muy posible que desconfiara de mí.

— Entonces podéis hacerle traición, sin ningún escrúpulo. Pero, aunque no os ha hablado, ¿ ha hecho algo en vuestra presencia ? ¿ Le habéis visto ocuparse de otra mujer, que no sea la suya ?

— Alguna vez. Le gusta mucho el que se le presenten buenas casualidades : ¿ las tiene ? Eso es lo que no sé. Ultimamente le he visto andar alrededor de la falsa Domenil, que antes hemos visto ; pero

creo que la cosa no ha pasado adelante.

Dos amigos míos que nos habían visto, se acercaron á nosotros obligándonos á cambiar de conversación

XIX

En lugar de comer con estos amigos, como ellos deseaban, me fui al hotel Socarrón y mandé traer la comida á mi cuarto, porque quería en completa soledad y plena libertad de espíritu, reflexionar sobre lo que acababa de pasarme y formar una opinión que fuera razonable.

Empecé por olvidar la cara de la Condesa, arrojando de mi mente, por decirlo así, el recuerdo de su persona física, para no ver más que su personalidad moral.

Llevaba un gran nombre, tenía una gran fortuna, era joven, bella y distinguida. Estaba casada hacía dos años solamente, y amaba según se decía á su marido, dándole á entender así todas las apariencias.

Dadas estas condiciones, ¿cómo era posible suponer que el invierno último, algunos meses antes, una mujer como esta, y en la situación que se acababa de exponer, fuese una noche á casa de Lareine para entregarse al primer advenedizo.

Esto era completamente inadmisibile, y yo me lo repetía en todos los tonos hasta la saciedad para quedar más convencido. Pero en medio de estas reflexiones me decía también : « Por qué desde la primera mirada que dirigí á la condesa de X..., se ha estremecido todo mi cuerpo, y por qué sin querer he exclamado : ¡ Aquí está ! ¡ La he encontrado ! » Desde que la busco, me he encontrado muchas veces delante de muchas bocas que se parecían á la suya, habiendo entre ellas alguna que era casi

igual, y sin embargo, no he experimentado ninguna emoción ante ella. A la segunda mirada me veía obligado á decir : « ¡ No, no es esa ! » hoy por el contrario, he dicho sin titubear : « ¡ Esa es ! » ¿ Por qué ? Además, no solamente he encontrado los mismos labios, los mismos dientes, la misma sonrisa, la misma expresión, la misma boca, en su magnífico conjunto, sino que también he encontrado su contorno como le había entrevisto, como me lo representaba mi memoria. Por exceso de conciencia, trato de demostrarme que no son estos los mismos ojos, la misma nariz, las mismas cejas, los mismos cabellos. Se me aparecen, no como acabo de verlos, sino tales como los he visto siempre en mis sueños. »

Esto no es bastante.

« Siguiendo mis reflexiones, continué diciendo : son los mismos rasgos, es la misma cabeza, pero ¿ y el cuerpo del cual no he hablado ? ¿ se parece el de hoy al de aquel día ? Con oportunidad apagó la luz mi des-

conocida, pero si no llegué á verla de una manera material, la adiviné por completo cuando estaba acostada á mi lado hasta el extremo de poder describir todas sus perfecciones. Nada hay, pues, que impida el poder comparar los cuerpos, lo mismo que acabo de comparar los rostros.

« Pero todo se opone á la comparación: apenas conozco á la primera, y la segunda me es desconocida absolutamente bajo el punto de vista corporal. La condesa X... estaba recostada en su carruaje envuelta en un abrigo para resguardarse de la humedad que baja de las montañas al ponerse el sol, ocultando su busto y su cuerpo. ¿Es posible formarse idea de las formas de una mujer cuando está envuelta de esta manera? Si hubiese hecho algún movimiento, si se hubiese levantado, quizá hubiera exclamado en el momento: « Esta no era la misma. Esta no tiene la cabeza de la otra, ni está tan admirablemente formada como la de aquella. »

No podía, por lo tanto, llegar á una conclusión segura. En efecto, puesto que ahora me fijaba únicamente en un punto de vista físico y á todas las razones morales que tenía para dudar, oponía para creer pruebas simplemente materiales, era necesario que estas fuesen completas, evidentes, palpables.

¿Cómo adquirirlas? No era posible esperar que la Condesa se presentase á un examen serio y profundo, permitiéndome hacer comparaciones para facilitar mis experiencias. ¿Pero me era indispensable su concurso? Excepción hecha de los trajes con pabellones que son los menos indiscretos, la mayor parte de los trajes modernos, permiten darse cuenta de muchas cosas. Una vista un poco práctica es suficiente para distinguir el punto preciso en que termina el vestido y empieza la naturaleza. La mía no carece de experiencia, y no podía suponer que me fallase. Únicamente era cuestión de esperar.

¡Esperar! esta es una palabra que no me ha gustado nunca. ¡Esperar para saber si había tenido en mis brazos durante una hora esa adorable mujer! ¡Esperar para dilucidar un punto tan interesante para un moralista como para mí, curioso para un sabio como punto de ciencia! Una mujer de alta clase, joven, bella, distinguida, rica, bien casada y respetada de todos, podía llevar la depravación hasta el extremo de prostituirse en un sitio tan bajo?

Pero no había necesidad de esperar; ¿no había hablado el conde de un baile que se daba aquella misma noche en el casino, al cual pensaba asistir?

Sin duda le acompañaría su mujer. Entonces no estaría ya sentada ni cubierta de piés á cabeza. Me sería posible examinarla y disecarla.

Miré el reló; eran las nueve. Ya era hora de dirigirme hacia el casino.

XX

Al ir andando, me iba á la vez diciendo :
« Muy facil es que no la vea esta noche. Encontrará algún pretexto para quedarse en casa, y quizá mañana mismo encuentre pretexto para marcharse de Luchón. Si es la mujer que supongo, no tendrá bastante valor para ponerse delante de mí, aunque no sea más que por pudor y por prudencia.»
Pero mis dudas fueron muy pasajeras :
« Desde el primer momento, añadí, ha tenido bastante aplomo para que tenga miedo